

do desde el rey al último empleado de la oficina, disponía á capricho de la libertad y de la vida.

Es necesario comprender bien el sistema.

¿Por qué da tales resultados? ¿Qué tiene para que todo se le rinda? Tiene la gracia de Dios. Tiene la gracia del rey. ✓



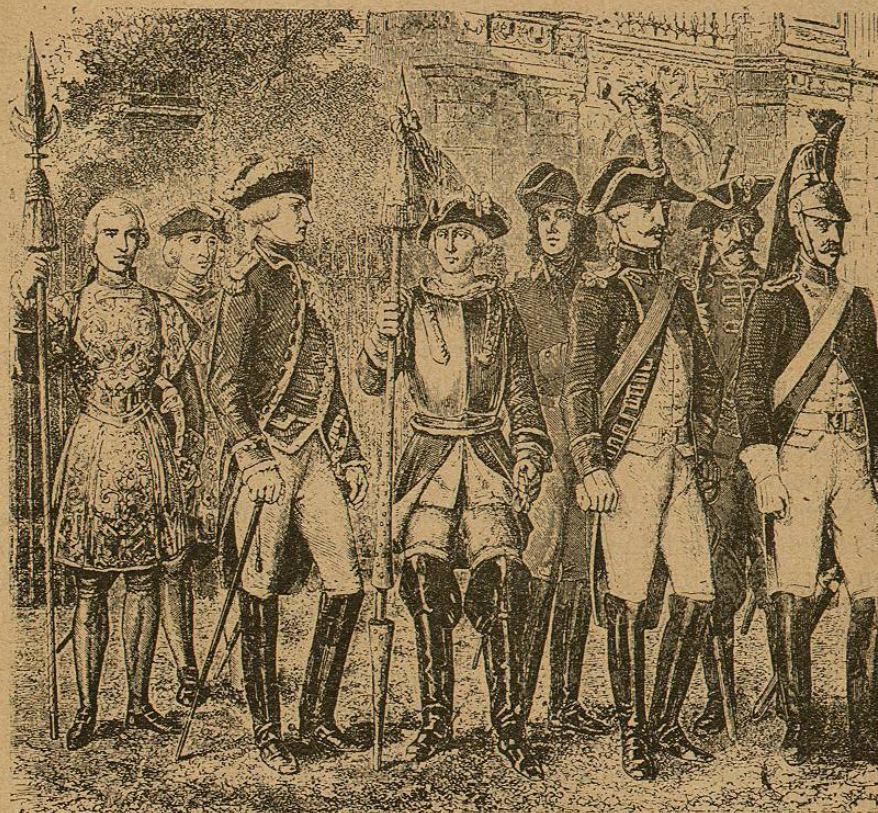
Tambor de la guardia francesa.—Tambor de línea.—Guardia de corps.—Granadero de la guardia francesa.—Guardia de la Convención Nacional

El que está en desgracia, en este mundo de la gracia atraviesa el mundo... perseguido, castigado, maldito.

La Bastilla, la orden de prisión es la excomunión del rey.

¿La excomunión mata? No. Para matar hace falta una decisión del rey, una resolución penosa, que mortificaría al mismo rey porque se celebraría un juicio entre él y su conciencia. Dispensémosle de juzgar, de matar. Hay un medio entre la vida y la muerte; una vida muerta, enterrada. Organicemos un mundo expresamente para el olvido. Pongamos la mentira en las puertas, dentro y en los alrededores, y así la vida y la muerte permanecerán en la incertidumbre... «¿Y mi mujer?

—Tu mujer ha muerto... digo, no... se ha vuelto á casar...—¿Y mis amigos, viven?, ¿se acuerdan de mí?... ¿Tus amigos, eh? Necio, ellos fueron los que te traicionaron...» Así el alma del miserable, entregada á estos juegos feroces, se alimenta de desesperaciones, de rabia y de mentiras. ¡Olvidado! Palabra terrible. ¿Quién fué hecho por Dios para la vida



Guardia real.—Estado Mayor de guardias francesas.—Coracero del rey.—Carabinero.—Dragón

no tenía, cuando menos, el derecho de vivir con el pensamiento? ¿Quién se atreverá, sobre la tierra, á dar al hombre más culpable esta muerte, más horrible que cualquier otra, matarle en la memoria de los seres que ama?

¡No lo creáis! Nada queda olvidado en este mundo; ningún hombre, ninguna cosa. Lo que ha sido una vez no se borra fácilmente... Los muros mismos no olvidarán, el suelo será cómplice, el techo dejará pasar los sonidos, los rumores, el aire los esparcirá por el mundo. Desde la puerta de San Antonio se ha visto, se ha oído... ¿Qué digo? La Bastilla será derruida. Sobre los muros hay escrito un himno entonado por una víctima en gloria de un carcelero compasivo, bienhechor suyo...

¡Pobre agradecido!... Aquel Lázaro, bárbaramente abandonado, comido de gusanos en su tumba, recibió del carcelero una camisa...

Mientras escribo estas líneas, una montaña, una Bastilla agobia mi pecho. ¿Por qué me detengo tanto tiempo hablando de las prisiones demolidas, de los infortunados librados de las garras de la muerte?... El mundo está cubierto de prisiones, desde Spielberg á la Siberia, desde Spaudau al monte San Miguel. El mundo es una prisión.

Vasto silencio del globo, sollozantes gemidos de la tierra muda, os escucho demasiado... El espíritu cautivo que se esconde en las especies inferiores, que sueña en el mundo bárbaro de Africa y Asia, piensa y sufre en nuestra Europa. Acaso no habla en Francia, á pesar de sus grilletes. Pero aquí el genio de la tierra encuentra una voz. El mundo piensa; Francia habla.

Y justamente por esto, la Bastilla de Francia, la Bastilla de París, la prisión del pensamiento, fué entre todas las cárceles execrable, infame y maldita. En los últimos siglos, París era ya la voz del globo. El planeta se hacía oír en la voz de tres hombres: Voltaire, Juan Jacobo y Montesquieu. ¡Que los intérpretes del mundo tengan siempre suspendida sobre su cabeza la indigna amenaza; que se intente cerrar la estrecha abertura por donde el género humano puede exhalar sus lamentos, oh, ¿es demasiado?...

Nuestros padres asaltaron la Bastilla, arrancaron piedra á piedra todas las de la inmensa mole con sus manos ensangrentadas y las arrojaron muy lejos. Las tomaron en seguida, y dándoles otra forma para que no volvieran á ser empleadas contra el pueblo, construyeron con ellas el puente de la Revolución...

Todas las prisiones se habían ido haciendo más tolerables. La Bastilla se había endurecido. De reinado en reinado se disminuía lo que irónicamente llamaban los carceleros, las libertades de la Bastilla. Poco á poco se tapiaban las ventanas ó se le agregaban rejas. En tiempo de Luis XVI se quitó el jardín y se suprimieron los paseos de que gozaban los reclusos dando vueltas, unos detrás de otros, estrechamente vigilados. En esta época dos cosas contribuyeron á aumentar la irritación; las memorias de Linguet, que revelaron lá innoble ferocidad interior y más decisivamente, la historia de Latude, no escrita, no impresa, circulando misteriosamente, pasando de boca en boca.

A mí al menos, me causaron un efecto profundo, cruel, las cartas del prisionero. Enemigo declarado de la barbarie de las penas perpetuas, pedí á Dios, en aquel momento, un infierno para los tiranos.

¡Ah, M. de Sartine!, ¡ah, madame Pompadour, con qué peso os habéis agobiado! Cómo se ve en esta historia de qué modo, una vez en la injusticia, se camina rápidamente, de mal en peor, de la misma manera que el terror que va del tirano al esclavo, vuelve al tirano. Habiendo sido detenido aquel desventurado, sin juicio previo, por una falta ligera, la Pompadour y Sartine influyeron contra él, y una piedra

eterna, cubriendo la entrada de su prisión, le lanzó en el infierno del silencio.

Y esto no puede tolerarse. Aquella piedra se mueve, se levanta... y de detrás de ella sale una voz baja, profunda, terrible... un doloroso lamento... un sollozo de fuego... En 1781 Sartine siente el castigo... En 1784 el rey mismo es afrentado... En 1789 el pueblo lo sabe todo, lo ve todo, hasta la escala por donde se fuga el prisionero... En 1793 la familia de Sartine sube á la guillotina.

Para desgracia de los tiranos, resultó que habían encerrado en vez de un prisionero abatido, un hombre ardiente y terrible, que nada podía domar, cuya voz atravesaba los muros y cuyo espíritu y audacia eran invencibles. Cuerpo de hierro, indestructible, que debía pasar por todas las prisiones, la Bastilla y Vicennes y Charenton y finalmente los horrores de Bicetre, donde cualquier otro hubiera perecido.

Y la acusación se agrava, porque este hombre, dos veces escapado de sus prisiones, se entrega él mismo otras dos. Una de ellas escribió á madame de Pompadour, quien le hace prender nuevamente... Pues qué, ¿la alcoba de un rey no es un lugar sagrado?

Desgraciadamente me veo obligado á decir que en aquella sociedad de mollicie, débil, caduca, aquel preso portentoso conmovió á filántropos, ministros, magistrados y grandes señores; todos se lamentaron, pero ninguno hizo nada. Lloró Malesherbes, y de Gourgues y Lamoignon y Rohan; todos lloraron lágrimas candentes pero infecundas.

El entre tanto, asfixiándose en la pestilencia de sus propios excrementos, encerrado bajo tierra en Bicetre, rugiendo de hambre, continúa en titánica lucha. Había dirigido un memorial á no sé qué filántropo, valiéndose para ello de un carcelero borracho. Afortunadamente éste pierde el documento, que encuentra una mujer en medio de la calle. Lo lee y tiembla indignada. No llora, pero comienza á trabajar.

Madame Legros era una pobre traficante en mercería; que vivía de su trabajo, cosiendo en su tiendecita; su marido daba lecciones de latín. No teme mezclarse en este terrible asunto. Con un asombroso buen sentido vió lo que los demás no habían visto ó no habían querido ver; que el desgraciado prisionero no estaba loco, sino que era víctima de la infamia del gobierno, necesitado de encubrir sus faltas antiguas con nuevas felonías. Vió esto claro y no desmayó un momento. No hay heroísmo más completo; tuvo audacia para emprender, fuerza para perseverar, obstinación en el sacrificio de cada día y cada hora, valor para despreciar las amenazas, sagacidad y toda suerte de santas habilidades para destruir las calumnias de los tiranos.

Tres años, día por día, persigue su objeto con una constancia jamás vista en el bien, poniendo en el esclarecimiento del derecho y la justicia aquel raro afán con que el cazador ó el jugador siguen la pieza

ó la carta; con el apego que todos los humanos solemos poner en la satisfacción de las malas pasiones.

Le sobrevienen toda clase de desventuras, y cada vez más terca y entusiasta, no abandona su empresa. Mueren su padre y su madre, se arruina en su tráfico y cierra su tiendecita; sus parientes sospechan de ella una villanía y la acusan cruelmente. Le preguntan si es la querida del preso que defiende con tanto ahinco. ¡Querida de aquella sombra, de aquel cadáver, devorado por la sarna y los piojos!

Y la tentación de las tentaciones, el colmo de los sufrimientos, el dolor más grande de su calvario son las injustas desconfianzas de aquel por quien hace este sacrificio.

¡Hermoso espectáculo el de esta mujer, pobre, mal vestida, que va de puerta en puerta, acechando los descuidos de los porteros para entrar en los hoteles, defender su causa ante los grandes y pedirles su apoyo!

La policía se indigna. Madame Legros puede ser detenida de un momento á otro, encerrada, perdida para siempre; todos se lo advierten.

El jefe de policía la llama á su despacho y le amenaza. Permanece inmutable, firme. Es él quien tiembla.

Por fortuna, se le ofrece el apoyo de madame Duchesne, dama de servicio en palacio. Marcha á Versalles, á pie, en pleno invierno, estando embarazada de siete meses... La protectora está ausente; corre tras ella, cae y sufre una torcedura, pero no por eso corre menos... Madame Duchesne la oye, llora mucho, pero, ¿qué puede hacer? Una dama de servicio contra dos ó tres ministros; la partida es difícil. Tenía en la mano el memorial, y un abate de la corte que está presente se lo arranca de las manos, diciéndole que se trata de un miserable, de un incorregible del que no se debe volver á acordar.

Bastó una frase parecida para que María Antonieta, á quien habían hablado, y que estaba conmovida, se tranquilizara. Todo ha concluido.

Seguramente no había en toda Francia hombre mejor que el rey. Acabaron por apelar á él. El cardenal de Rohan (un licenciado, pero algo caritativo) habló tres veces á Luis XVI, quien se negó á acceder. Luis XVI era demasiado bueno para no creer en M. de Sartine. No estaba éste ahora en ningún alto puesto, pero no era esa razón bastante para deshonrarlo y entregarle á sus enemigos. Aparte esto,—preciso es decirlo,—Luis XVI amaba la Bastilla; no quería en ella debilidades para que no mermara su reputación.

El rey era muy humano. Había moderado el régimen en Chatelet, había suprimido Vincennes y creado la Force, para los prisioneros por deudas, separándolos de los ladrones.

Pero, ¡la Bastilla!, ¡la Bastilla!, era esta un viejo servidor al que no debía maltratar la monarquía. Era un sistema de terror. Era como dice Tácito: «*Instrumentum regni.*»

Cuando el conde de Artois y la reina, queriendo conseguir que *Figaro* se representara, le leyeron la obra, el rey dijo como única respuesta: «¡Sería preciso, entonces, suprimir la Bastilla!»



LAFAYETTE

Cuando se hizo en París la revolución de Julio del 89, el rey, bastante intranquilo, pareció tomar su partido. Pero cuando le dijeron que el Ayuntamiento de París había acordado la demolición de la Bastilla, recibió un golpe mortal. «¡Ah, dijo: ¡es demasiado!»

En 1781 no podía el rey ordenar una información que compromete-

tiera la Bastilla. Repuso lo mismo que á Rohan cuando éste le hablaba del infortunado Latude. Algunas damas de alto rango insistieron también. Entonces hizo concienzudamente un examen del asunto, leyendo todos los papeles; como no había más documentos que los de la policía y los de gente interesada en tener encarcelada á la víctima hasta su muerte, respondió el rey que se trataba de un hombre peligroso, al que no devolvería la libertad ¡jamás!

¡Jamás! Pues bien, lo que no se haga por el rey, se hará á pesar del rey. Madame Legros, con fe asombrosa, persiste. La acoge Condé, siempre descontento, y el duque de Orleans, impulsado por su sensible esposa, la hija del buen Ponthievre, la acogen los filósofos, el marqués de Condorcet, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias; y Dupaty y de Villette, casi yernos de Voltaire, etc., etc.

La opinión va creciendo; la onda va ensanchándose. Necker había sustituido á Sartine; su amigo y sucesor Lenoir había caído también del poder... La perseverancia será condenada pronto por el éxito. Latude se obstina en vivir y madame Legros se obstina en librar á Latude.

El amigo de la reina, Breteuil, tiene influencia en 1783 y quiere conseguir que todos la adoren. Trata de ganarse voluntades y permite á la Academia dar el premio de virtud á madame Legros, coronarla en sesión pública... con la condición singular de que no se diga el motivo.

Al año siguiente, en fin, se arranca á Luis XVI la libertad de Latude. Y algunas semanas después se publica una orden prohibiendo á los intendentes encerrar á nadie, á petición de sus familias, *sin razón bien fundamentada* é indicando el *tiempo preciso* de la detención, etc. Es decir, que se levantaba el velo del monstruoso abismo en que Francia había estado sumida. El pueblo sabía ya bastante, pero el Gobierno lo confesaba todo.

Desde el sacerdote al rey, desde la Inquisición á la Bastilla, el camino es directo, pero largo. ¡Santa, santa Revolución, cuánto tardas en llegar!... ¡Os esperaba hace mil años, en la huella sangrienta de la Edad Media y todavía os espero!... ¡Qué lentamente pasa el tiempo! ¡Cuento los días, las horas!... ¿Llegarás alguna vez?

En 1784 dice Mably: «¡Ah, todo ha concluido; hemos caído muy hondo; las costumbres son enervadoras! ¡Jamás, oh, nunca jamás vendrá la Revolución!»

Hombres de poca fe, ¿no veis que mientras el espíritu de la Revolución esté entre vosotros, filósofos, oradores, sofistas, no puede hacer nada? Gracias á Dios, el espíritu penetra en los obreros, en las mujeres, se extiende por el pueblo... Ahí está esa mujer, que por su voluntad perseverante, indomable, abre las prisiones del Estado; ella, antes que nadie, ha tomado la Bastilla... El día en que la libertad, la razón abandonen los razonamientos y descendan á la naturaleza y aniden en el corazón (y el corazón del corazón es la mujer) todo habrá concluido;

todo lo artificial será destruído... Rousseau, te comprendemos. Con cuánta razón decía: «¡Volvamos á la Naturaleza!»

Una mujer se bate en la Bastilla. Las mujeres hacen el 5 de Octubre. En Febrero de 1789 leo con enternecimiento la valiente carta de las mujeres casadas y solteras de Angers:... «Declaramos que *pertecemos á la nación*, reservándonos el cuidado de los bagajes, provisiones, consuelos y demás servicios que puedan depender de nosotras; antes pereceremos que abandonar á nuestros esposos, amantes, hijos y hermanos...»

¡Oh, Francia, estás salvada!; ¡oh, mundo, estás redimido!... ¡En el cielo se divisa la ráfaga luminosa de Juana de Arco!... ¡Qué importa que ahora aparezca en forma de varón joven Hoche, Marceau, Joubert ó Kleber!

¡Gran época, momento sublime en que los más guerreros de los hombres son los hombres de la paz; en que el derecho, tanto tiempo deseado y llorado, aparece; en que la gracia, en nombre de la que la tiranía nos tortura, se presenta concordante, idéntica á la justicia.

¿Qué es el antiguo régimen, el rey, el sacerdote, el noble, la vieja monarquía? La tiranía en nombre de la gracia.

¿Qué es la Revolución? La reacción de la equidad, el advenimiento tardío de la justicia eterna.

Justicia, madre mía; derecho, padre mío: sois con Dios una sola cosa, un solo ser...

Porque yo, uno de la multitud, uno de aquellos diez millones de hombres que sin la Revolución no hubieran nacido, ¿de quién sino de vosotros me proclamaré efecto, heredero?...

Perdonadme, ¡oh, Justicia!; os creía austera y dura, sin comprender que sois la gracia y el amor mismos... Por esto era débil con la Edad Media, que repetía esta palabra del amor sin hacer las obras del Amor.

Hoy, reconcentrado en mí mismo, con el corazón más ardiente que nunca, te comprendo entera, hermosa justicia de Dios...

Tú eres verdaderamente el amor; eres idéntica á la gracia...

Y como tú eres la justicia, tú me sostendrás en este libro, donde mi corazón me marca el camino y donde no alentará mi interés propio, ni ningún pensamiento de aquí abajo. Sé justa hacia mí y yo lo seré con todos... porque, ¿para quién y por qué escribí yo todo esto, sino por tí, Justicia eterna?